

# Memoria de la emigración de un zamorano

Ramiro Camarzana Palmero

En un lugar de ZAMORA de cuyo nombre sí que quiero acordarme, ya hace bastante tiempo que nací.

Yo nací para ser emigrante. Lo mío era como “La crónica de una emigración anunciada”. Mis padres, cuando me concibieron, ya tuvieron que saberlo.

No era yo el primero de mi familia que lo había hecho, pues dos hermanas de mi padre, a la temprana edad de 14 y 16 años, se fueron en un barco (y como Colón), embarcaron hacia un lugar que le dijeron era Argentina, y que ellas creían que estaba ahí mismo, y Dios mío, qué habrían pensado cuando llegaron al cabo de varias semanas... ya nunca pudieron volver a su España.

Pero no es esa terrible historia la que quiero hoy contar (aunque quiero hacerlo en su honor), sino la mía.

He dicho que lo de ser emigrante estaba cantado, porque figuraos... Nací en el año 1945 (justo en la posguerra), en un pueblo de Zamora (Navianos de Valverde), a orillas del río Tera, y sin ninguna propiedad. ¿Qué podría hacer yo allí?... Nada, tenía que irme.

Mi padre, y digo mi padre, porque mi madre cuando yo tenía nueve años decidió emigrar al Cielo, que no tenía terrenos pero era inteligente, quiso que mi emigración fuera menos traumática que la de sus hermanas, y decidió hacerlo por etapas. Y la primera etapa (ésta un poco a petición del cura y el maestro del pueblo), consistió en enviarme a los frailes, porque según él, por lo menos comería y me haría un hombre de provecho, que yo por aquel entonces no sabía lo que significaba eso. Y a los diez años y pico me fui a Coreses a estudiar para fraile (como se decía entonces), a la Congregación del Verbo Divino.

Fue una etapa muy bonita de mi vida, aunque a la vez dura, porque era una Congregación alemana y por lo tanto muy estricta y muy rígida. Allí aprendí a ser una persona independiente y dura (yo que soy blando por naturaleza), pues cada vez que abandonaba el pueblo después de las vacaciones, algo se iba desprendiendo de mi alma.

Allí adquirí una buena base de todo tipo de conocimientos, tanto técnicos como humanos, pero cada año que pasaba y me iba haciendo hombrecito, más inaguantable se me hacía permanecer entre aquellas paredes compartiendo aquella vida austera y monacal. Necesitaba otros aires y vida libre, porque me ahogaba... empecé a darme cuenta de que se me iban los ojos detrás de las chavalas, y de que no estaba de acuerdo en muchas de las ideas allí impartidas... al cumplir mi 7º año de colegio, y en aquellas vacaciones, tomé la firme e irrevocable decisión de no continuar en el c para fraile.

Mi idea, así lo había hablado con otros compañeros, era, una vez salido del colegio, seguir estudiando y hacer magisterio, pues me habían informado de que con un par de años podía conseguir ser maestro... Pero no contaba con una cosa muy importante, y era que cuando lo propuse en casa, me dijeron que muy bien, pero que ¿quién pagaba aquellos dos años?, porque en mi casa no había ni un duro... Se me hundió el mundo, y ya no supe qué hacer. Bueno, sólo había un camino, y era buscar trabajo y ponerme a trabajar, pues estaba claro que nadie me iba a dar nada.

Total, siete años estudiando y no me iban a servir para nada... Decidí irme a Madrid, porque allí tenía familia y me encontraría más arropado. Pero cuando llegué a la capital con los bolsillos vacíos y vi todas aquellas calles abigarradas de gente y aquella marabunta, me acojoné (*sic*), y me encontré perdido y descolocado.

Mi tía me dijo: “Hay que buscar trabajo enseguida, pues en una capital no se puede vivir si no trabajas”. Y claro que había que buscar trabajo a toda leche, porque conseguí una pensión para dormir y había que pagarla, y también comer.

La forma más fácil de conseguir enseguida trabajo era buscar algo en la hostelería, según me dijeron mis primos. Así lo hice, y, efectivamente, conseguí trabajo muy pronto en un bar... pero con lo que no contaba es que cuando me pedían los clientes las consumiciones, como combinados, destornilladores, san franciscos y cosas por el estilo, yo no tenía ni la más remota idea de lo que querían beber, pues provenía de un colegio de frailes y de un pueblo... y aquí no se pedían estas cosas, de modo que el dueño, creo que por lástima, no me expulsó, pero me metió en la trastienda a preparar los pinchos y los bocadillos.

Allí me aburría soberanamente, pues era un trabajo que lo hacía en una hora, pero había que estar mañana y tarde aguantando el chaparrón. Nadie me enseñaba, y sólo estaba allí de caridad... Empecé a darle vueltas a la cabeza

y, en aquella gran urbe y en aquel momento, yo no veía ninguna salida. Un día, echándole valor, se lo dije al jefe: “Quiero irme”. (Y él, pensando que me quería ir a otro establecimiento), me dice con toda la cara y la mala leche del mundo: “¿A dónde vas a ir tú, desgraciado, si no tienes ni puta idea?...”. Y tenía razón, porque aquello no era lo mío.

Pero... ¿Qué era lo mío?, Ni yo mismo lo sabía, pero tomé la decepcionante decisión de volver al pueblo, derrotado, porque me encontraba en un callejón sin salida.

Seguramente, mi padre se sintió defraudado, porque pensaba que su hijo, que había estudiado siete años para hacerse un hombre ilustrado, no podía fracasar de esa forma tan estrepitosa, ni estar en boca de todo el pueblo... Pero en la capital nadie me preguntó si sabía álgebra, latín, el teorema de Pitágoras o los logaritmos... sólo me pedían cachis, destornilladores o no se qué con pipermín... y eso no me lo habían enseñado para la reválida de sexto.

Después de todo este fracaso, estuve una temporada en Benavente aprendiendo el oficio de relojero, pero también sabía que por las circunstancias familiares que se daban en ese momento, tampoco iba esto a dar sus frutos, y así fue. Tampoco esto era lo mío. A los dos meses o así me llegaron noticias por unos conocidos: en Pamplona, en esos momentos, había trabajo. Y tomé la decisión de mi vida... irme a la aventura... y que fuera lo que Dios quisiera.

Aparqué todos mis lazos de unión. Tenía que olvidarme de todo y de todos. Tenía que desprenderme de cualquier vínculo que me atara a aquel Pueblo donde había nacido... donde habían nacido mis sentimientos, las chicas que me habían despertado al amor, los olores a tomillo y jara de cuando íbamos a cazar con los mozos del pueblo... en fin, todo.

La semana que faltaba para mi partida, me dediqué a visitar todos los lugares y rincones, donde habían sucedido mis vivencias, pues me daba la sensación, y así lo creía en el corazón, que ya no volvería a visitarlos jamás.

La última noche me fue imposible conciliar el sueño. No sabía qué sería de mi vida, no conocía para nada el lugar al que iba, ni siquiera si hablaban algo de castellano o se limitarían a comunicarse en euskera, con lo cual, otro problema añadido, pero... ¿Qué más daba uno más?

El viaje me pareció toda una odisea: Un amigo me llevó en moto hasta Benavente, de ahí hasta Valladolid en coche de línea, de Valladolid hasta Alsasua en tren (pero cambiándome de vagón en el camino, pues en el que yo iba montado en concreto, me dijo el revisor que iba para Bilbao), y de Alsasua a Pamplona en otro tren que, según decía una mujer mayor que iba en él, paraba en todos los pueblos de Navarra; y casi acierta, porque se me hizo eterno aquel viaje.

Ya estaba en Pamplona. ¿Y ahora, qué?... menos mal que la persona que me había escrito diciendo que había trabajo aquí estaba esperando mi llegada,

y me acompañó a casa de la patrona (donde él vivía), y me dijeron que también había sitio para mí.

Me extrañó que la mayoría de la gente se expresara en castellano, y eso me dio ánimos. Esa noche ya logré conciliar el sueño, y dormí unas horas.

Al día siguiente era domingo, y me dediqué a inspeccionar el lugar, es decir, Pamplona, y me pareció muy bella a pesar de mi tristeza. Todo verde, mucho árbol, con mucha limpieza... daba gusto pasear por allí... pero seguía teniendo mucha morriña. Me daban envidia las familias que paseaban, los niños que gritaban, las parejas que se miraban... en fin, añoraba a mis amigos, a mi familia, a las mozas de mi aldea, que quizás, y sólo eso, alguna estuviese también echándome en falta... pero en fin, ya no era el momento de volverse atrás, pues ya no quería más fracasos por mi debilidad.

El lunes ya fui a pedir trabajo. Mi idea era para la oficina, pero en el primer sitio que pedí (la fábrica de electrodomésticos de Super-Ser), ya me dijeron que si quería empezar a trabajar al día siguiente, pero nada de oficina, sino al taller, que me apuntaban en el momento. Y claro está que acepté, estaba con demasiada hambre de dinero como para no decir enseguida que sí.

Empecé a trabajar, como habíamos quedado, al día siguiente, un martes de junio del año 1964 y me designaron al departamento del “Armado”, que se llamaba así porque aquí era donde se juntaban todas las chapas y se armaba la estufa o el frigorífico, y de aquí ya pasaban a la pintura.

Yo, en concreto, le ponía con una máquina de electrodos las bisagras y los pestillos a las puertas de las estufas. Teníamos que hacer un determinado número a la hora si queríamos cobrar la famosa prima, que suponía un dinero extra muy bonito. Llegué a tener tal maestría en hacer ese trabajo que para todas las visitas que llegaban a la fábrica, era casi obligado que las llevaran a mi puesto de trabajo para verme realizarlo.

Así continué en ese mismo trabajo, porque lo que buscaba de oficina, parece ser que siempre estaba dado de antemano, siempre llegaba tarde.

Después de tres años pude hacer la primera visita al pueblo, y además esta vez ya no estaba derrotado. ¿Cómo voy a explicar mis emociones a alguien que no haya pasado por ese trance? Ni siquiera voy a intentarlo ahora, solo sé que el corazón se salía de su sitio, que me reía de todo y que volví a ver a mi gente, a mi familia, mis amigos y amigas. Hicimos jolgorio, y fuimos a bailar a los pueblos que celebraban sus fiestas patronales, que en fin, alguna vez hasta nos pasamos un poco haciendo el “ganso” (influenciados, tal vez, por la bebida). Visité los lugares del pueblo que más me gustaban.

Pero se me terminaba el tiempo, no podía estirarlo más, tenía que abandonar otra vez todo y seguir dejando trocitos del corazón... y volví de nuevo a Pamplona.

Vuelta al trabajo y a la monotonía... pero Dios se apiadó de mí, y una tarde en fiestas de un barrio, conocí a tres chicas que cambiaron mi tristeza a alegría, y al cabo de unas semanas, una en concreto me robó la parte de corazón que me quedaba.

Parece que a partir de ese día cambió mi vida por completo. No sólo la sentimental, sino también la laboral, porque una tarde que entraba a hacer mi jornada de trabajo me comunicó mi encargado que tengo que ir a las 18 horas a hacer un examen de no sé qué, (ya no me acordaba de que hacía unos seis meses que había visto un letrado en la fábrica, que el que tuviese interés, había unas plazas para programadores y analistas de ordenador, y yo había echado la solicitud). Todo nervioso, me volví a casa a ponerme ropa un poco más acorde con las circunstancias.

Me fui a hacer el examen donde me habían indicado, y resultó ser una cosa rarísima que yo no había visto nunca, pues pensaba que me pondrían problemas de cálculo y álgebra o contabilidad o a lo sumo raíz cuadrada, y no fue nada de lo que había estudiado, sino un test preparado por la empresa que iba a instalar el ordenador. Hice lo que pude, y resultó ser mucho, porque cuando vinieron los resultados del examen, me llamó a las oficinas el jefe de administración y me dijo: “¿Qué le parece a usted si le cambiamos el buzo por la corbata?”. Y lógicamente yo, todo serio, le respondí que encantado si era por el bien de la empresa.

A partir de ahí, todo vino sobre ruedas en el plano laboral. Nos dieron un curso de seis meses y trabajé haciendo programas para el ordenador (como la nómina, las primas, la contabilidad, los clientes, el almacén, etc.)...

Y en el plano sentimental, también empecé a tener buenas sensaciones y me enamoré. Las vacaciones, ya en lugar de ir al pueblo, las disfrutaba en Zumaya, porque la familia de mi novia iba siempre allí.

Me casé, y tengo tres hijos. Cuando todavía tenía uno y había encargado ya el segundo, en el año 1973 me enteré de unas oposiciones en Caja de Ahorros de Navarra, también para programadores. Estaba indeciso, porque enseguida iban a ser dos bocas de hijos que dar de comer y yo ya tenía un trabajo fijo, y además estaba muy bien. Llego a casa y le espeto a bocajarro a mi mujer: “¿Qué te parece si cambio un trabajo fijo por otro, que de momento tengo que estar a prueba seis meses, y si les gusta seré también fijo y sino, a buscar de nuevo trabajo?...”. Mi mujer, lo único que me preguntó, fue el nombre de la empresa, y al enterarse de que era Caja Navarra, enseguida me animó diciendo: “Si llevas ya varios años rindiendo a un buen nivel en Super-Ser y te aprecian, en la nueva empresa será igual, porque no vas a ser allí un irresponsable”.

Me presenté a las oposiciones, y al parecer tuve un buen día y las aprobé, y así fue como entré a trabajar a Caja Navarra y ya no me cambié de empresa

nunca más, además mejorando mucho y haciendo muchos amigos que me respetan y me aprecian.

El plano laboral estaba cubierto, y el sentimental, también. Estuve muchos años sin aparecer por el pueblo, pues mi trabajo y los hijos, por unas causas o por otras, me lo impedían.

Cuando por fin regresé a mi lugar de nacimiento, ya con la cabeza más alta, por supuesto que sentí las mismas emociones. Los viejos conocidos, los mismos olores que yo recordaba del monte, y volver a andar el camino que yo tantas veces había hecho hasta el río, los amigos del pueblo y volver a saludarlos (algunos ya no estaban),

¡Qué alegría charlar con ellos! Saber qué hacían y con quién se habían casado, y si tenían hijos... y también, ¿por qué no? Saber quién se había muerto.

Estuve una semana disfrutando, y la verdad es que me lo pasé muy bien, pero en el fondo, ya quería volver a mi sitio. Me di cuenta entonces: ya era Pamplona, allí estaba mi hogar, mi familia directa, mis hijos y mi mujer son Pamplonicas, y mi casa está preparada con las comodidades que a mí me gustan con mi ordenador, mi correo electrónico y mis cuentas, etc.

Cada vez que vuelvo al pueblo, me pasa lo mismo. Las emociones me embargan, y cuando ya estoy allí unos días y he visto a mi gente y mis lugares de recuerdo, entonces ya tengo ganas de regresar a Pamplona y estar otra vez con mis amigos actuales y mis hobbies, como la Casa de Castilla y León, mi teatro o Anaitasuna (mi club deportivo)... En fin, son ya muchas las ataduras que tengo en esta tierra (que por cierto, nunca me ha discriminado por ser castellano), y que creo, he aprendido a quererla de verdad.

Ahora ya, cuando alguien me pregunta de donde soy, le contesto: soy un zamorano navarro, y creo que no miento, porque es lo que me sale del corazón. Y si ahora tuviera que abandonar esta tierra, en la cual he sembrado pero he recogido con creces, seguro que volvería a sufrir otro tanto.

Pero aunque creo, y lo digo con la mano en el pecho, que he tenido mucha suerte en recalar en Pamplona y todavía mucha más suerte en mi trabajo y en mi vida sentimental, cuando pienso en mi corazón roto de aquellos años y en lo que me costó la adaptación, y eso lo traslado a otra persona que no haya tenido al final tanta suerte como yo, me pregunto: ¿Quién nos va a pagar todo ese sufrimiento?... Nadie, porque eso es impagable. Siempre lo comparo a una persona que está en la cárcel y después de varios años se demuestra que es inocente, ¿Cómo se le puede recompensar?... Nadie le puede devolver esos años.

Con esta narración quisiera hacer pensar, y pedir a las autoridades de cada pueblo y de cada nación, que hagan todo lo posible y pongan todos los medios que estén en sus manos para que estas historias no vuelvan a repetirse, y que cada uno tenga en su propia tierra lo que necesite.